



## **Una Buena Idea, una Mala Instrumentación.**

**Edgardo Zablotzky, Miembro de la Academia Nacional de Educación y Vicerrector de la Universidad del CEMA**

En septiembre de 2016, al hacerse público la iniciativa del gobierno nacional de asegurar el inicio de la escolarización de todos los niños de tres años mediante la construcción de 3 mil jardines, predije la imposibilidad de llevarlo a la práctica de la forma que se pensaba instrumentarlo. Señalé que el costo relevante no era solamente el de construir los jardines sino también los gastos de operación, los cuales superarían con creces los costos de construcción.

Este hecho fue reconocido por Alejandro Finocchiaro a fines de julio pasado: “El plan implicaba un gasto corriente muy grande para las jurisdicciones, es decir salarios (...), porque había que poner todo el equipo directivo, la planta de docentes, etc. Por eso lo reconvertimos a 10 mil salas, agrandando jardines o escuelas existentes”.

Sin embargo, el real problema es mucho más importante, cómo también lo subrayé en ese entonces, pues consiste en “cómo” lograrlo sin contar con un gran número de nuevas docentes. Ello no se soluciona con la reconversión propuesta pues, si se habilitan para 2019 mil nuevas salas en jardines existentes, ¿cómo se conseguirá semejante cantidad de maestras especializadas para atenderlas?

Por ello propuse una instrumentación mediante la cual sería necesario construir muchos menos jardines y se requerirían muchos menos nuevos docentes, mediante la entrega a los padres de los alrededor de 600 mil niños de tres años no escolarizados una tarjeta, similar a una de crédito, por un monto que no supere el costo de su educación en un jardín de infantes público del distrito de residencia de la familia. Este esquema facilitaría la instrumentación del proyecto, pues requeriría una menor cantidad de nuevos jardines, un menor número de nuevas salas en jardines ya existentes y una menor cantidad de nuevas docentes especializadas en la enseñanza de niños de tan temprana edad.

Una buena idea puede fracasar por su instrumentación. Hoy enfrentamos un escenario similar frente a la reforma de la escuela secundaria en la Ciudad de Buenos Aires.

El gobierno de la CABA está trabajando en una profunda reforma educativa la cual, entre otras características, intentaría adecuar la escuela secundaria al mercado laboral. El nuevo plan contempla que todos los alumnos, en el segundo semestre del último año, realicen prácticas educativas en empresas, organizaciones sin fines de lucro o dependencias del Estado.

Muchos jóvenes que al terminar la secundaria no cuentan con habilidades que les permitan ingresar al mercado laboral saldrían beneficiados, es claro que el número de jóvenes graduados de la escuela secundaria que no estudian ni trabajan se reduciría considerablemente.

Pero al pensar en la probable instrumentación, es lícito preguntarnos “cómo” se habrá de conseguir una cantidad suficiente de empresas y organizaciones sin fines de lucro deseosas de ser parte del programa, dada la obligación de participar de esta práctica a la totalidad de los alumnos de quinto año de las escuelas públicas porteñas. ¿Cómo se conseguirán la suficiente cantidad de tutores en las empresas y organismos no gubernamentales participantes? La triste predicción es que muchos jóvenes podrían terminar realizando sus prácticas en organismos del Estado.

Una sencilla solución que permitiría llevar a cabo una atinada reforma es que los alumnos que han de seguir estudios universitarios, en lugar de realizar las prácticas laborales, dediquen el tiempo a profundizar conocimientos que contribuyan a un mejor rendimiento y una menor deserción en su tránsito por la universidad.

Los números hablan por si mismos. En palabras de Alieto Guadagni, Miembro de la Academia Nacional de Educación: “La Argentina es el país Latinoamericano con mayor población universitaria, 435 estudiantes cada 10 mil habitantes. En Brasil hay 380, en Chile 361, en México 285 y en Colombia 273. La foto se revierte al evaluar su graduación, pues en la Argentina se gradúan anualmente tan sólo 28 alumnos cada 10 mil habitantes, mientras que en México y Chile 48, en Brasil 50 y en Colombia 59”.

No existe nada gratis. Cualquier medida del gobierno es de esperar que se motive en los beneficios que habría de generar para la sociedad, pero no debemos olvidarnos del “cómo” se instrumentará, de lo contrario puede terminar siendo tan sólo otra expresión de voluntarismo que a la larga quede en el tintero.